

DE COMO NACIERON LOS MARES

(LEYENDA EGIPCIA)

Por

Guillermo ESCRIGAS

Capitán de fragata, Armada de España



Osiris estaba furioso. Bien es verdad que él era el más poderoso de los dioses, pero la conducta de su esposa Isis le llenaba de arrebatadores celos y siempre temía que fuese causa de grandes males. Se había consolado en su última creación, mas tenía que reconocer que ésta había sido totalmente incompleta, y precisamente fue Isis la que le dio la forma definitiva y perfecta; por eso su furia era mayor. Había, sí, puesto al hombre sobre la Tierra, disgregó los mundos flotantes y dio forma a una nebulosa que situó cerca de sí y sobre ella plasmó lo bello; allí dio morada a lo humano y para su recreo creó la nube, el valle, la bestia y la flor; le dio brillante colorido y con un soplo hizo el viento; con el tacto, el jardín, y coloreó el cielo con su sonrisa. Mas el hombre no era feliz. Isis veía las creaciones de su divino esposo con su risa burlona y tejía una madeja de oro. Cada nuevo invento era adornado de celestiales carcajadas de Osiris, pero ella seguía silenciosa trabajando con sus agujas de luna en su áureo ovillo.

Cuando vio su obra acabada, Osiris se pasmó de que el hombre no estuviese contento, y entonces se volvió hacia la luna, y lo que contempló le llenó de estupor: su esposa había dado la labor por acabada y, lanzándola al espacio, vino a dar en el centro del globo, donde el humano se aburría, y éste, sobresaltado, levantó la cabeza y encontró a la mujer. Loco de entusiasmo tendió la mano, su compañera la cogió y juntos fueron a ver las maravillas que para ellos habían sido hechas.

Todo ello sirvió para que Osiris llamase a Isis a su lado y los esposos se reconciliaron de nuevo. Mas no eran ellos los únicos testigos de su dicha; escondida tras una lejana estrella, los observaba Nit, la diosa del Mal, y tal armonía la sublevaba, hasta el punto de urdir una trama con que separar a los esposos.

La ocasión vino, desgraciadamente, pronto. Isis había ido al jardín del sol a ver a su esposo, y ambos contemplaban toda la creación hablando de temas sublimes. Acertó entonces a pasar por el confín del Universo el Amigo de los Seres Vivos, el dios Indra, que venía acompañado del héroe Rama y de su esposa Sita, cabalgando sobre águilas y con un

ejército de monos, con los que habían destrozado al horrible Raskakás. Se dirigían todos alegremente, después de la victoria, hacia su palacio de mármol negro, desde donde regían la India. Nit mandó un viento helado hacia Isis, diciéndole al oído que, si no saludaba a Sita, pecaría de descortés, y entonces ella, que veía a lo lejos la brillante cabalgata, se desciñó su cinturón de soles y lo agitó alegremente como homenaje a su amiga.

Osiris, al ver el gesto de su esposa, y estando de espaldas al cortejo, volvióse rápidamente, pero no tanto que Nit pudiera enviar una niebla espesa, que cubrió a Sita y, por tanto, el dios no pudo ver más que a Indra y Rama. Creyendo entonces que Isis saludaba a otros dioses, tiñóse su rostro de cólera, obscureció su brillo y mandó a la reina a su palacio de la luna, para que jamás volviese a su augusta presencia.

El hombre quedó atónito ante el súbito obscurecimiento del sol y tembló, sobrecogido de espanto al ver la ira divina precipitarse sobre la Tierra en forma de agua fina; nunca había visto la lluvia, y al contemplar cómo Osiris se ocultaba detrás de negra nube amenazadora y horrible, tuvo tal pavor que llegó a la cúspide al ver cómo ésta se deshacía en pequeñas flechas de cristal que parecían ir a inundar la Tierra; entonces pensó seriamente en su destrucción. Pero Isis, que veaba por él, tuvo tiempo de llamar a Kapila, que navegaba en su barco, hecho con los colores del iris por las celestiales regiones, y le ordenó que unciera a Apis a su arada de marfil para hacer en la tierra un hoyo profundo.

El barquero fue en busca del buey sagrado, que pacía mansamente en los vergeles de los Elíseos, y le explicó los deseos de la diosa. Apis accedió, y ambos, jinetes en un rayo de fuego, descendieron sobre Egipto. Allí labraron una profunda sima, donde el agua vertida desde el cielo fue precipitándose en pequeños hilillos y arroyos cantarinos hasta formar una ancha cinta de plata. Así nació el Nilo.

Asombrado de la obra de su esposa, Osiris dejó de estremecerse en forma de la primera tormenta que asoló el mundo

y el hombre volvió a la tranquilidad, adorando a los dioses, agradeciéndoles aquel regalo líquido a la orilla del cual creó palacios y templos, cultivó tierras de labor, paseó por sus orillas, se solazó en sus paisajes, y el Nilo, complacido, envió sus gotas, que se convirtieron en granos de trigo; floreció los surcos de bellos frutos, y Kapila, todos los amaneceres, cantaba, llenando los aires con sus notas de pájaros y mariposas.

La raza humana siguió creciendo al lado del río, y el buen rey Nemes, que gobernaba las tribus, llegó a crear trescientos treinta sucesores y mandó a su hijo Oreta que fundara Etiopía para cantar las excelencias del río a quien llamó hijo del cielo y bendición de los hombres.

No se desanimó Nit por este primer fracaso, y llamando a los espíritus del mal construyó un fuerte dique para impedir que las aguas corrieran y procurar que se estancaran hasta desbordar. Un día, Kapila remontó el curso del Nilo y se encontró a los dioses infernales en su demoleadora tarea. Inmediatamente impulsó su barca por los cielos y llegó hasta Isis, que se entretenía en cortar estrellas para adornar su cabellera; la buscó entre los mundos y la halló cerca de la Noche, en cuyo jardín crecían los brillantes cuerpos.

Al saber la mala noticia, Isis arrojó las estrellas con tanta violencia que se esparcieron en formas caprichosas, adoptando figuras de complicada geometría y, suspendidas sobre el infinito, tintinean de espanto y se estremecen en sombras y luces por el temor de su vida hacia peligros ignorados. La diosa volvió precipitadamente a su palacio para contemplar al hombre. Lo que vio la llenó de consternación: Las aguas remontaban las márgenes y arrastraban viviendas y palacios; la tierra desaparecía en fuertes remolinos y los granos de simiente eran devorados por las ondas; los animales, llevados en loca carrera por la corriente, se estrellaban contra los muros entre risotadas de los gigantes del infierno y la complacencia de Nit.

Ningún recurso le quedaba a Isis para poner traba a semejante desconcierto; únicamente hizo una pequeña cosa que luego habría de tener gran trascenden-

cia; tocó ligeramente con un soplo de brisa los ojos del hombre, que, desesperado, se debatía en la impotencia, y nacieron las lágrimas. Al ver llorar a la Criatura Superior tuvo una idea la diosa; mandó al aire que recogiese todo el llanto de los hombres y lo transportase a su presencia. Así lo hizo el Céfiro, y llevó a su presencia tal cantidad de lágrimas que casi desbordaron los divinos recipientes amenazando romperse, con lo cual podían desaparecer los mundos, el hombre y, sobre todo, lo bello, creación de la que estaba Osiris orgulloso.

Entonces concibió un audaz proyecto. Sabía que su esposo estaba aún enojado con ella, mas ¿qué diría ante la catástrofe de la Tierra? Se atrevió, pues a hablar a Osiris y, llegando a las proximidades del sol, gritó:

—Mi dueño y señor: ¿No ves cuánta desgracia ocurre al hombre tan sólo por un motivo nimio, del cual sólo es responsable la leve bruma que te impidió ver a Sita?

Estaba Osiris demasiado furioso para contestar, pero, por curiosidad, se asomó desde su brillante balcón cuando los rugidos del Nilo, desbordado, eran más ensordecedores. También pudo ver cómo los mensajeros del viento iban subiendo hacia la luna, transportando plateadas ánforas con las lágrimas de los hombres; más calmado, y venciendo su orgullo, contestó:

—¡Oh Isis! Dime qué le pasa al hombre y cuál es la causa de su mal.

En lugar de responder abiertamente, la diosa presentó a su esposo las jarras donde se guardaba el llanto. Osiris quiso probar aquel líquido, creyendo que era un regalo que su esposa presentaba para la reconciliación, pero, al notar su sabor salobre y su aspecto acuoso, mandó a sus servidores que lo arrojasen al espacio. Obedecieron los esclavos con tanta precipitación que destrozaron el dique creado por Nit, muriendo en la catástrofe muchos hombres y animales y sepultando gran parte de todos los con-

tinentes, que desde entonces se despararraron, separándose, adoptando formas diversas. Así se crearon los océanos, amasados con lágrimas de los hombres.

Aterrado Osiris de su obra, perdonó a Isis y la nombró regidora de aquellas amargas aguas, y ella, amorosamente, compartió su poder con las brillantes flores azules, rojas, plateadas, anaranjadas, que había esparcido en su precipitación. Por ello, la luna y las estrellas rigen lo bello: la mar y la mujer, lo más hermoso entre lo hermoso; son dueñas de sus ciclos y, mientras la mar se eleva y desmaya en sus mareas, ansiosa de los lejanos astros, el pálido resplandor de la luna besa, con la precisión matemática que ella impuso, la frente del hombre que nace y acude puntual al primer llanto, en tanto que la bajamar quiebra el último aliento del moribundo. Pero esta ansia que la mar siente por llegar a sus regidores es frenada por Isis, que la sujeta de tal manera que no la deja elevar en demasía para que no provoque nuevas catástrofes en la Tierra y la desmaya periódicamente, agradecida de este homenaje.

A Nit, vencida ante la casual creación, no le cupo más que poblar los mares de escollos, peligros y bestias feroces y desconocidas; lanzó su maldición y creó el misterio y la zozobra en las aguas. Ante tamaños horrores, Isis regaló al hombre la nave, y este obsequio de la diosa fue el medio de enriquecerse los pueblos, impulsor del comercio, el que logró los grandes intercambios culturales, escenario de los grandes triunfos y colofón de las victorias; en fin, un medio de vida bello y único.

Osiris, al ver lo amorosamente que su esposa trataba a los mares, no quiso disgustarla de forma franca y abierta, pero, cuando se siente celoso, gusta agitar las olas, provocar tempestades y hacer peligrar al hombre que se aventura por tan vastos dominios. Pero aun en esa confusión tiene la belleza y majestuosidad propias de la creación de un dios.

(De "Revista General de Marina", España).